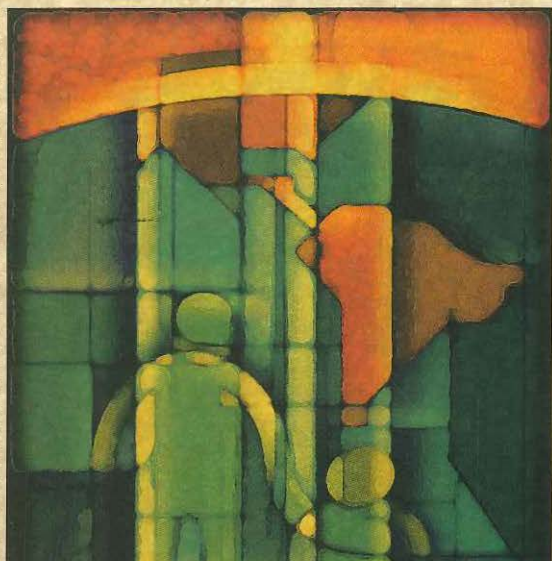


Norma Fuller *editora*



## Capítulo 11

# PATERNIDADES EN AMÉRICA LATINA



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 2000

Primera edición: marzo de 2000

*Paternidades en América Latina*

Carátula: Enrique Ottone y Elizabeth Huamanchumo

Copyright © 2000 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel.

Telefax: 460-0872. Teléfonos: 460-2870, 460-2291, anexos 220 y 356.

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052000-1002

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-282-8

Impreso en Perú – Printed in Peru

# Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México\*

*Matthew C. Gutmann\*\**  
*Brown University*

## 1. Lecciones para un padre neófito

En el barrio de clase obrera de Santo Domingo, México D.F., se dice que los niños y, aún más, los bebés pueden sufrir de mamitis cuando se les separa de sus madres físicamente durante demasiado tiempo. La mamitis afecta a los niños cuando los carga otra persona que no sea su madre, esté o no esté ella a la vista. La expresión mamitis es generalmente usada de manera burlona, muchas veces con una sonrisa por parte de quien la usa. Aunque es un diagnóstico *folklórico-popular*, la mamitis refleja la influencia de las ideas biomédicas que califican como *natural* la unión de los niños con sus madres y la necesidad de éstos de estar en contacto con ella. Así es que, aunque el término se utiliza en tono de broma, sería un descuido no tomar en cuenta la seriedad con que se percibe esta enfermedad ya que el sentido del humor se puede usar para contrarrestar la angustia psicológica causada por circunstancias desagradables.

---

\* Reimpreso con autorización de la University of California Press. Publicado originalmente como «Mamitis and the Traumas of Development in a Colonia Popular of Mexico City» en Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent (ed.) *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*, pp. 130-148, Berkeley, University of California Press, 1998. Traducido por Elena García.

\*\* Agradezco a Stanley Brandes, Daniel Cazés, Teresita de Barbieri, Benno de Keijzer, Orlandina de Oliveira, Mary Goldsmith, Tanya Luhrmann, Nelson Minello, Eduardo Nivón, Carolyn Sargent, Irma Saucedo y Nancy Scheper-Hughes por sus comentarios que me han ayudado a clarificar el argumento del presente ensayo. Quisiera darle las gracias también a Norma Fuller, pionera en los estudios antropológicos sobre la masculinidad, por haberme invitado a participar en la conferencia sobre paternidad en la Pontificia Universidad Católica del Perú en junio de 1999.

Los ataques de mamitis generalmente duran poco tiempo y se manifiestan en la inquietud del niño o de la niña por haber sido separado o separada de su madre. A veces, la gente también hace referencia a niños que sufren de este problema de manera crónica. Estos últimos casos, especialmente, reflejan de manera más precisa cómo la mamitis se conecta subjetivamente, en la imaginación de la gente, con los cambios en las obligaciones de la mujer con respecto al cuidado de los niños; obligaciones que también están asociadas con transformaciones socio-económicas recientes en México. Entonces, la mamitis está íntimamente conectada con la internalización, por parte de los sujetos, de un cambio social, de amplias proporciones y muchas veces conflictivo, con respecto a las identidades y las relaciones de género.

Este trabajo se pregunta por qué la frecuencia de la mamitis parece haber incrementado en la ciudad de México, y en qué medida este trauma, netamente psicológico, se relaciona tanto con factores socioeconómicos como con factores subjetivos. Mis estudios sobre el cambio social en México, y particularmente, sobre cambios en las relaciones de género entre hombres y mujeres, y entre hombres en la capital de este país, me han llevado implacablemente hacia el estudio de temas psicológicos relacionados con las identidades de género, las relaciones de género, la familia, la crianza, el cuidado de los niños y la conciencia entendida como acciones que tienen una motivación y siguen un propósito. Aquí, quisiera analizar lo que muchos padres en una colonia popular, pobre pero estable, de la ciudad de México, piensan sobre los traumas psicológicos de sus niños. Especialmente, me interesa ver cómo estos padres asocian estos traumas con transformaciones modernas más amplias, como la participación de las mujeres en movimientos sociales, y el trabajo de las mujeres fuera del hogar. Este es un estudio sobre la interconexión de los traumas del desarrollo infantil y del desarrollo social en la capital de México al principio de la década de los noventa.

En cuanto a la aflicción llamada mamitis, ¿cómo entendemos este fenómeno en términos de desarrollo humano y de cambio social?



¿Cuál es su etiología? ¿A quién afecta la mamitis? Por ejemplo, ¿es realmente una condición psicológica de la cual sufren primordialmente los niños o podría tener que ver más con el estado mental de los adultos? ¿Cuándo es más frecuente la mamitis? Y, no incidentalmente, ¿por qué no existen casos de *papitis*?

«¿Por qué, realmente?» me preguntaba yo en 1992, durante mi trabajo de campo en la Colonia de Santo Domingo en la ciudad de México.<sup>1</sup> Llegué al barrio con mi esposa y con nuestra hija, Liliana, en ese entonces de siete semanas. Siendo un padre nuevo, el estudio de la crianza entre nuestros vecinos en la colonia fue mucho más que un ejercicio académico. Durante este tiempo, cuando entrevistaba a madres y padres de diferentes edades, grababa muchas historias de vidas, participaba en fiestas de familias y del barrio, y tomaba miles de fotos, y mientras sacaba la basura o iba al mercado, no solo era el gringo, no solo era el antropólogo, era también el padre de la gordita peloncita que vivía frente a la tortillería. Como padres nuevos, nos caían sugerencias y comentarios sobre cómo ser buenos padres; comentarios frecuentes, que venían generalmente sin que los pidiéramos, pero siempre de todo corazón.

Cuando hacía entrevistas entre mujeres y hombres en Santo Domingo, frecuentemente cargaba a Liliana. Una mañana al entrar a la tienda de la esquina con ella, el señor César, un vecino de edad avanzada, me preguntó: «¿No extraña a su mamá?». Eugenia, que atendía la tienda a esa hora, asintió con la cabeza. Intenté explicarles que si bien su madre pasaba mucho tiempo con Liliana, también lo

<sup>1</sup> El trabajo de campo etnográfico, 1992-1993, fue realizado con becas de Fulbright-Hays DDRA, Wenner-Gren Foundation, National Science Foundation, Institute for Intercultural Studies, UC MEXUS, y el Centro de Estudios Latinoamericanos y el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley. La investigación continuó de 1993 a 1995 con una beca del National Institute for Mental Health. Quedo agradecido también con el Centro de Estudios Sociológicos y al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, de El Colegio de México, y al Departamento de Antropología, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, por su apoyo institucional durante mi estadía en la ciudad de México.

hacia yo, y que en mi opinión la cercanía era un factor determinante en los vínculos que un niño pequeño podía desarrollar con los demás. Para ellos, esto no venía al caso, pues existía un vínculo natural y físicamente irresistible en la dependencia mutua entre una madre y su hijo, que precedía a todos los demás; una relación cualitativa que no podía ser desplazada por ninguna cantidad de tiempo que pasara conmigo.<sup>2</sup>

Durante tres décadas, después de la advertencia de Robert Redfield (1944) sobre el «debilitamiento de la organización familiar» en México —debido al advenimiento de relaciones sociales urbanas modernas que llevarían a la desorganización, secularización e individualización mientras la gente pasaba por *el continuo folk-rural-urbano*—, los antropólogos y otros investigadores sociales, trabajando en México, prestaron mucha atención a las prácticas de crianza de los niños, especialmente en las áreas rurales. Por ejemplo, como parte del proyecto sobre relaciones entre madres y padres y sus hijos en la investigación *Seis Culturas* de Beatrice Whiting (1963), Kimball y Romaine Romney (1963), en su estudio del pueblo mixtec de Juxtlahuaca, Oaxaca, enfatizaron la importancia de la división del trabajo entre los padres con respecto al cuidado de los hijos. «Está bastante claro», escribieron entonces, «que las madres, en realidad, asumen más responsabilidades en la crianza de sus hijas que de sus hijos, y que los padres asumen más responsabilidades por los hijos varones». Este tipo de resultados es una fuente importante de comparación para la investigación sobre la división del trabajo paterno/materno en la ciudad de México actualmente. Con respecto al fenómeno de la mamitis, por ejemplo, está claro que hoy en la ciudad de México, las madres toman la mayor parte de las responsabilidades en la crianza

<sup>2</sup> Para información sobre teorías que argumentan que la vinculación es impulsada más por biología y basada menos en historia y cultura, véase a Harlow (1971) y Bowlby (1953, 1969). Para una discusión reciente de «actitudes claramente negativas sobre el parto y la crianza de niños» entre mujeres en una comunidad rural de Oaxaca, véase a Browner (1986). Para una crítica general y minuciosa de teorías feministas culturales y psicológicas sobre los lazos innatos de madre-hijo, véase a Scheper-Hughes (1997).

de sus hijas y de sus hijos, y que los padres varones asumen, a veces sí y a veces no, tareas regulares en la crianza. Entonces, puede ser que los ataques de mamitis se reporten más frecuentemente hoy, por la mayor —no menor— cantidad de trabajo en la crianza de parte de las mujeres.

Las relaciones de los padres con sus hijos fueron estudiadas de manera más consistente por antropólogos en los cincuenta y sesenta. Erich Fromm y Michael Maccoby (1973), en su investigación de un pueblo mexicano, argumentan que «la ruptura del lazo primordial con la madre [por hijos]... depende más de factores socio-económicos, que psico-sexuales». George Foster (1972) enfatiza que en Tzintzuntzan, Michoacán, las hijas, más que los hijos, «son mucho más cariñosas con sus padres, en desmedro de las relaciones cercanas con sus madres». Pero, fuera de algunas aventuras ocasionales en el campo de la crianza de niños (véase, por ejemplo, Miles 1994), en las investigaciones antropológicas sobre México de las últimas dos décadas, el estudio de la crianza y la socialización no es bien recibido, como tampoco lo es en la disciplina antropológica en general. Aunque recientemente algunos antropólogos han realizado estudios interesantes sobre el género y la socialización, estos han sido demasiado marginales a los debates metodológicos y teóricos de hoy. Mi propio trabajo, entonces, está diseñado en parte para rearticular preguntas sobre la familia, la crianza y la endoculturación en nuestros estudios sobre cultura y cambio cultural.

Esto se hace más fácil y más oportuno a causa de la reciente investigación feminista sobre el trabajo de la mujer, la reproducción social, y el hogar en México, y en otras partes (véase González de la Rocha 1986; Chant 1991; Benería y Roldán 1992; García y Oliveira 1994; Ginsburg y Rapp 1995). Estas y otras investigaciones se preguntan cada vez más cuestiones como qué deben y qué no deben hacer las mujeres y los hombres en México al criar a sus hijos, cómo es que los padres perciben que sus opciones se amplían y/o limitan por factores externos como el trabajo y la educación, y por las responsabilidades personales y políticas que la gente tiene dentro y fuera de su barrio.



## 2. La crianza (del padre) en la ciudad de México

Hasta el día de hoy, nuestra investigación se ha limitado primordialmente a la parte sur de la ciudad de México en la colonia popular de Santo Domingo, un área poblada por colonos *paracaidistas* desde septiembre de 1971. Actualmente, hay más de cien mil personas viviendo en la colonia Santo Domingo, y solo una fracción de ellas puede conseguir trabajo en la colonia. Desde la invasión de terrenos en 1971, los colonos han construido las calles, han traído electricidad y canales de agua, y, más recientemente, han ayudado a colocar las tuberías de desagüe. En muchos aspectos, Santo Domingo es una colonia típica de la capital mexicana, ya que está poblada mayormente por hombres y mujeres viviendo cercanamente, compartiendo y peleando por todo lo que tienen. Hoy, la mayoría de mexicanos vive en ciudades de más de diez mil personas. Sin embargo, en otros aspectos, Santo Domingo es un barrio poco común, por su historia particular, especialmente la historia de las mujeres como organizadoras y líderes en la construcción física y moral del área.

Precisamente por estas experiencias pasadas, los comentarios de Antonio Gramsci (1981-1984) sobre la consciencia contradictoria se pueden aplicar a las opiniones y significados de muchos pobladores en la colonia sobre los cambios recientes en las relaciones y roles de género en la sociedad mexicana. El concepto de conciencia contradictoria de Gramsci enfoca el pensamiento sorprendentemente ambiguo, que caracteriza a quienes simultáneamente mantienen, de manera no-crítica, ideas y prácticas adquiridas en el pasado, mientras que estos mismos también desarrollan nuevas maneras de pensar y de actuar, basadas en las transformaciones prácticas del mundo en el que están inmersos. Entonces, también en Santo Domingo, las tradiciones de las generaciones pasadas actúan como un contrapeso sobre quienes hoy tratan de crear nuevas relaciones e identidades, incluyendo temas centrales como los que involucran el ser padres y criar a los niños.



Aunque existen todavía ideologías culturales que consideran a los padres como los que ganan el pan y a las madres como las que dan cariño, para muchos, ser padre de confianza e involucrado es tan central a ser hombre, como la potencia sexual o cualquier otro componente. De manera similar, aunque el énfasis reciente de investigadoras feministas de México y América Latina haya sido provechoso para documentar y explicar muchos problemas, desde la participación de mujeres en movimientos sociales hasta el trabajo remunerado, todavía no se da el caso de que las relaciones entre mujeres y hombres y entre padres e hijos en la familia y en el hogar sean problemas resueltos. Al estudiar al hombre en su rol como padre, podemos documentar transformaciones y continuidades en las actitudes y comportamientos de los hombres en el contexto de un desarrollo socio-cultural que involucra a las mujeres, como se ve cuando los roles culturales —ya ampliados— de la mujer, enfrentan de manera directa a las identidades masculinas en Santo Domingo y en otras comunidades en las últimas dos décadas.

Para citar un ejemplo, con respecto al trabajo doméstico, parece haber poca duda de que han habido cambios, ya que ahora los hombres participan más en él de lo que sus propios padres lo hacían antes. Esto está relacionado, y no en poca medida, a que actualmente gran número de las mujeres tienen trabajos fuera de casa; en la ciudad de México, más del 40 por ciento de las mujeres entre 20 y 44 años de edad trabajan a cambio de una remuneración. Adicionalmente, en términos educativos, en esta ciudad existe equidad en la asistencia de niños y niñas a la escuela secundaria —incluso es posible que haya más mujeres que varones—. Estos son solo algunos de los factores demográficos que afectan directamente los conceptos sobre la crianza. La percepción de la gente sobre cómo los niños sufren ataques de mamitis, no solamente reflejan cambios demográficos. Existe ambigüedad, confusión, y contradicción en los significados de *ser padre* y en las prácticas de los padres en esta dizque tierra del machismo.

### 3. Mamitis

Implícito en el término *mamitis* —comúnmente usado para indicar el deseo especial y los sentimientos de abandono que sienten los niños que han sido separados de sus madres durante periodos muy largos— está el hecho de que si un hombre es un padre bueno o malo es un problema secundario para determinar la salud mental de los hijos o las hijas. Precisamente porque las mujeres en México en los noventa están trabajando fuera de la casa en números no antes vistos y porque en las ciudades trabajan fuera por periodos más largos que en el campo, en la colonia de Santo Domingo, se considera que la participación de las mujeres en el campo laboral ha tenido un impacto directo sobre la sensibilidad de los niños, especialmente sobre sus sentimientos de privación física y emocional.<sup>3</sup>

A pesar de que en México la fertilidad está descendiendo —en los últimos veinticinco años, ha bajado casi a la mitad— y, aunque esto sin duda ha llevado a cambios en las nociones de la identidad de género de las mujeres, la reducción de la opción de recurrir a la ayuda de las abuelas y la disminución del tamaño de las familias en general han significado que se cuente con menos apoyo para el cuidado de los niños. Por ejemplo, con menos abuelas y hermanas o hermanos mayores viviendo en las casas, ha subido la necesidad de contar con personas adultas, normalmente mujeres, que cuiden a los niños.<sup>4</sup>

Sin embargo, aquí surgen otras interrogantes. Además de aquellas presentadas por el impacto del trabajo remunerado de las mujeres y la caída del porcentaje de nacimientos, porque en el barrio de Santo Domingo, formado por invasores de terrenos a principios de los

<sup>3</sup> Para cifras y análisis sobre el impacto del trabajo remunerado de la mujer en las relaciones de género en la ciudad de México, véase Gutmann (1998, capítulo 6).

<sup>4</sup> Posiblemente este análisis no sea tan exacto, porque, según regularmente me comentan y a veces se quejan muchos de mis amigos hombres mayores en Santo Domingo, ellos pasan mucho más tiempo ahora con sus nietos de lo que pasarán antes con sus propios hijos.

años setenta, muchas mujeres han estado involucradas con los esfuerzos populares para traer servicios sociales a sus comunidades. Al principio, esto significaba defender sus terrenos durante el día; desde entonces, se ha necesitado organizar faenas para construir la infraestructura de la comunidad y otras necesidades.

El rol de la mujer en el trabajo remunerado y en los movimientos sociales ha traído cambios en los significados y prácticas asociadas con el cuidado de la madre y del padre en todo México. La investigación de Carole Browner (1986) en el municipio, de habla chinantec-español, de San Francisco (Oaxaca) a principios de los ochenta, representa uno entre los pocos proyectos antropológicos desde los sesenta que hayan observado las relaciones madre e hijo en México. Ella tuvo que explicar el «hallazgo inesperado» de que «las mujeres en San Francisco expresaron actitudes muy negativas sobre el parto y la crianza de los niños». Los significados y prácticas recientes chocan frecuentemente con las creencias persistentes y penetrantes sobre los requisitos propios y necesarios de la crianza y, por esta razón, hasta el estudio de movimientos sociales populares debe de incluir el examen de cómo las fantasías y metas personales son transformadas en prácticas, si no en rutinas.

Aquí podemos encontrar los ecos de un debate sociológico de larga duración, pues fue el mismo Talcot Parsons (Parsons y Bales 1955) quien anunció el incremento progresivo de la división social de trabajo como consecuencia de la modernidad, incluyendo a la familia. El apogeo de estas crecientemente diferenciadas responsabilidades familiares iba a ser una época en la cual las madres iban a poder, finalmente, especializarse en su labor universal y natural como es la crianza. Aunque las mujeres en Colonia Santo Domingo sí tienen algunas habilidades que los hombres no comparten —la mayoría de las mujeres en la colonia dan el pecho a sus bebés durante un año más o menos antes de empezar a usar el biberón más exclusivamente—, la influencia de las sugerencias *expertas* sociológicas y de otro tipo ha sido considerable en la autodefinición de las mujeres.

En dicha colonia, muchas mujeres (y hombres) son bastante receptivas a las nociones *expertas* sobre lo que una (buena) madre



hace, ideas que son diseminadas ampliamente en cuadernos escolares en la secundaria, la televisión, la iglesia y otros recursos educativos e informáticos. Mucho de lo que parece ser tradicional en las ideas de la gente sobre las diferentes responsabilidades en la crianza, en realidad, refleja la intervención de creencias y prácticas bastante modernas; lo que puede parecer muy *moderno* podría ser, realmente, bastante *tradicional*. Por ejemplo, Oscar Lewis escribió sobre el área rural de Morelos en los años cuarenta (*no* en los noventa):

El padre asume un papel importante en la vida del hijo cuando ha crecido lo suficiente para ir al campo. La mayor parte de los niños disfrutan del trabajo en el campo en compañía de sus padres y esperan estas ocasiones con gran placer. Los padres, por su lado, se muestran orgullosos de llevar a sus descendientes al campo por vez primera y con frecuencia muestran gran paciencia para enseñarles. (Lewis 1968: 139)

Los traumas socioeconómicos de la modernización pueden llevar con ellos cargas adicionales para muchas madres que diariamente tratan de proveer sustento para sus hijos. Una tarde, Berta describió su propia angustia de madre, la cual revela el núcleo de lo que la gente popularmente y medio en broma llama mamitis. «Descuida uno a sus hijos por irse a trabajar. Yo los descuidé mucho en la cuestión del alimento». Y añadió que «los menores a veces sufrían de lo que nosotros llamamos mamitis». Pero las preocupaciones de Berta no se reducen a las de solo una más de esas madres llenas de culpabilidad por el trabajo. No todas las mujeres que participan en el campo laboral remunerado comparten las mismas ansiedades, ya que el descuido puede tomar muchas formas. A los hijos de Berta nunca les ha faltado cariño. Ella continuó: «Porque, cuando me iba a trabajar, mi marido se ponía a cocerles los frijoles o lo que le dejaba. Como él trabajaba de noche, pues, él se dedicaba de llevar a la muchachita a la escuela, a traerla, a darle lo que les dejaba de comer, una sopa, frijoles. Ya que me pagaban, les llegaba con leche, con fruta. Pues, sí, porque yo decía “qué les va a nutrir, están estudiando y luego la

escuela y puros frijoles y sopa". Llegaba yo en la noche y les decía "Miren, les traje leche, fruta, pan y ahí les dejo esa fruta para mañana"».

Las discusiones familiares sobre si la mujer debe trabajar por una remuneración son muy comunes y, a veces, feroces en Santo Domingo. Mientras que en muchas familias, las esposas deben discutir con sus parejas para que se les *permita* trabajar fuera del hogar, también hay casos, como el de Berta, donde las relaciones de producción moderna han causado en muchas mujeres (y en algunos hombres) un gran temor hacia la falta de responsabilidad en la crianza de sus hijos.

La condición de mamitis puede ser usada como argumento suficiente para que la mujer renuncie a su trabajo remunerado y regrese al trabajo casero, especialmente al cuidado de sus hijos. Después de estudiar durante casi un año para trabajar en una agencia de viajes, mi amiga Sara acababa de empezar a trabajar cuando su esposo, Vicente, empezó a quejarse de que su pequeña hija estaba descuidada. La niña, según él dijo, estaba sufriendo de una variedad de mamitis, que en su caso causaba rabieta y mal comportamiento en la guardería en las mañanas y en las tardes cuando la madre de Sara la cuidaba. Era injusto para la niña tener que sufrir por la falta de su mamá.

En realidad, la condición de mamitis parece estar ligada especialmente a un desarrollo socio-económico aquí ya descrito. El apego y el anhelo de los niños aparecen, sin duda, como más que un producto histórico; se relaciona también a estadios del desarrollo infantil y a la personalidad individual. En México, podría hablarse de su particular cualidad *genérica*. En la imaginación popular de Santo Domingo, la mamitis involucra un apego explícito, no solo hacia un adulto que es la madre, sino a la madre y *no hacia el padre*. Es decir, su aparición ahora está ligada a una época histórica en la cual gran cantidad de mujeres ha empezado a trabajar fuera de casa; de esta manera, representa una oposición popular y parcial hacia este tipo de transformaciones históricas modernas.

En el debate sobre la fijación en las madres y sobre las orientaciones centradas en los padres en la zona rural de Morelos en los

sesenta, Fromm y Maccoby (1973) no mencionan la enfermedad conocida como mamitis. Tampoco lo hacen Romney y Romney (1963), Foster (1972) o Lewis (1964, 1968). En cambio, Fromm y Maccoby toman lo que ellos ven como el lazo axiomático, universal y primordial del niño con la madre y lo contrastan con el amor más condicional del padre. Es precisamente debido a la influencia de discursos de este tipo de psicología experta que algunos estudios sobre el impacto de la modernidad en las relaciones *tradicionales* de la familia mexicana han constituido una fuente real, aunque a veces indirecta, de las mismas ideas que expertos más recientes *descubren* en gran número de personas en México. Significativamente, y añadiendo a la suposición de que el término se ha generalizado más o menos recientemente, la palabra *mamitis* no aparece en el «influyente» *Diccionario de mejicanismos* de Francisco Santamaría (1959).<sup>5</sup>

Las maneras en que esta información está diseminada en las colonias populares de la ciudad de México son múltiples. Ciertas nociones vigentes sobre los instintos maternos se aceptan como naturales tanto por las mujeres como por los hombres en la colonia y, por tanto, sin controversia. Estos son algunos de los productos y reflexiones de la doctrina católica oficial, que fomenta la domesticidad femenina, al igual que revistas populares como *Selecciones*, difunden las últimas teorías científicas sobre los lazos biológicos entre madre e hijos. A través de programas en la televisión nacional como el de *Cristina* de Miami, o *Entre Nos* aquí en el Perú, las mujeres jóvenes y sus madres son influenciadas por las ahora clásicas teorías psicológicas como las de John Bowlby (1969) y Donald Winnicott (1987). El trabajo más reciente de Marshall Klaus, John Kennell y Phyllis Klaus (1995) acerca del impacto que tienen las madres que trabajan fuera de casa sobre el desarrollo emocional saludable de sus hijos ha adquirido influencia al ser difundido por los medios populares de comunicación. El pediatra *gringo* T. Berry Brazelton es una

<sup>5</sup> Tampoco parece en el reciente *Diccionario del español usual en México* (El Colegio de México, 1996).



guía de referencia común para los padres jóvenes de las clases medias altas de México.

Más aún, el rol de la doctrina oficial de la Iglesia, al igual que la influencia de varias sectas protestantes, evangelistas o católicos —como son interpretadas en las pequeñas iglesias de los barrios alrededor de México—, es enorme al delinear los límites y parámetros adecuados para la crianza de los niños. También influyen, aunque en menor grado, los estudios antropológicos sobre lo que las personas *típicas* y *normales* piensan y hacen en México, estudios que leen profesores y alumnos, y que incluyen cómo los mexicanos crían a sus hijos. Estoy pensando aquí especialmente en Oscar Lewis, a quien leen los estudiantes de secundaria.<sup>6</sup>

Entonces, mientras que la causa de la mamitis puede ser que las madres no estén físicamente con sus hijos de la manera constante en la que *deben* estar, en realidad, es una aflicción que sufren algunas madres y algunos padres y no tanto los niños. Puede ser usada por los hombres como una excusa, como cuando Vicente obligó a su esposa a que renunciara a su trabajo para que se quedara en casa con su hija. También puede ser utilizada por mujeres que no quieren trabajar fuera de casa y demandan que sus esposos ganen más dinero para apoyar a la familia, para que ellas puedan quedarse en casa con sus hijos.

Al poner en un lugar central las contradicciones y ambivalencias emocionales —en este caso, aquellas relacionadas con el trabajo remunerado de la mujer frente a las actividades relacionadas con la crianza de niños—, podemos comprender mejor la complejidad del diagnóstico de mamitis por parte de las mujeres y los hombres en colonia Santo Domingo.<sup>7</sup> De esta manera, podemos explorar las com-

<sup>6</sup> Para más información sobre Oscar Lewis y su influencia sobre la antropología del machismo mexicano, véase Gutmann (1995).

<sup>7</sup> A veces, claro, las razones sobre por qué los niños se enferman son, según dicen, sin duda culpa de las fallas e imperfecciones maternas. En su libro reciente sobre la historia de una mujer mexicana de edad media, Behar (1993: 96) incluye

plicaciones, contradicciones y las ambigüedades de la emoción y la motivación con relación a la crianza de niños por parte de sus madres. Aunque pocas mujeres en Santo Domingo trabajan fuera del hogar por algún deseo abstracto de mejorarse como mujeres e individuos (trabajan por una remuneración, porque sus familias muchas veces necesitan dinero), muchas preferirían trabajar aunque sea a medio tiempo a ser amas de casa todo el tiempo. Esto da pie a sentimientos contradictorios y confusos sobre sus responsabilidades con la crianza de sus niños que no son simplemente sentimientos de culpa por haber abandonado sus responsabilidades naturales. Es más, para las mujeres y hombres, este periodo histórico en México está, ahora más que nunca, caracterizado por la ambigüedad, la reflexividad y la confusión en las relaciones de género (Arizpe 1975, 1989; Chiñas 1975; Taggart 1979, 1992; Stephen 1991, 1997; y Gutmann 1996).

#### 4. Desafíos para los hombres

Nada de lo dicho debe presuponer que solo los hombres acusan a las mujeres que trabajan fuera de casa o participan en movimientos populares urbanos en la ciudad de México de irresponsabilidad maternal. Las prácticas culturales emergentes (Williams 1980) que han empujado a las mujeres hacia relaciones nuevas e innovadoras entre ellas y con los hombres han sido constantemente rechazadas por muchas de ellas, al igual que por muchos hombres. Sin embargo, estos patrones sí presentan retos *particulares* para los hombres como padres y como esposos.

Estos retos se relacionan a diferencias de clase en los modelos de crianza de los niños por parte de los padres, que a su vez se relacionan con la frecuencia de la mamitis. Puede parecer una conse-

---

este comentario de Esperanza sobre uno de sus hijos: «El niño había sido bautizado, pero era enfermizo. Tenía diarrea, fiebres, vómito. ¿Qué podrías esperar con mi coraje?».

cuencia rara que los hombres de Santo Domingo se sientan menos desafiados por los cambios recientes con respecto a las mujeres que los hombres de niveles sociales más altos. El porqué de esto es que el cuidado de niños en las clases altas es responsabilidad, en general, de las empleadas. De esta manera, la mamitis es una enfermedad de las clases populares.

En los eventos patrocinados por el Centro Cultural de Coyoacán, en una pintoresca comunidad de clase media alta en México, pocas veces asisten niños. ¿Quién si no un forastero de un tipo u otro llevaría un niño a un evento social a una distracción en potencia cuando lo podía haber dejado en casa con la muchacha, y todos estarían mucho más contentos? No obstante, en Santo Domingo sería inconcebible que no hubiera niños en una ocasión así. Ahí, durante las reuniones de la comunidad, como las juntas de jefes de manzana que se llevan a cabo dos veces por semana o las reuniones de animadores de las Comunidades Eclesiales de Base, los niños siempre están presentes, pastoreados por madres, padres, hermanos y hermanas, moviéndose entre las piernas del papá o dibujando absortos en el pizarrón, cerca de un primo mayor.

La forma específica de trauma emocional al que se refiere la mamitis revela nociones sobre el desarrollo humano que se basa en la creencia en que los niños *naturalmente* desean a sus madres cuando ellas no estén presentes. Pero la participación de las mujeres, muchas de ellas madres, en movimientos populares urbanos y otras formas de actividad política ha recalcado, de manera más abierta, el conflicto en muchas partes de México sobre lo que son las normas sociales *apropiadas*. Estas contingencias históricas son ingredientes críticos de lo que Whiting y otros (1966), en la *Guía de campo para un estudio de socialización*, enfatizaron como las inestabilidades inherentes en el análisis de patrones de prácticas de crianza y procesos de endoculturación en general.



## 5. Pegándoles a los niños y a las esposas

La mayoría de hombres que viven en Santo Domingo solo pueden conseguir trabajo fuera de la colonia, así que muchos padres no están en ella durante la mayor parte del día y su participación en la crianza de sus hijos está, muchas veces, limitada a las noches y fines de semana. Además, las mujeres son las principales cuidadoras de los niños, especialmente de los bebés. Y las madres, más que los padres, son quienes les pegan a los hijos.

Como en otras partes de México, en la colonia de Santo Domingo, la violencia doméstica generalmente se presenta de dos maneras: los esposos les pegan a sus mujeres y las madres les pegan a sus hijos. Esta no es una característica de todas las familias en Santo Domingo, pero los golpes de las madres hacia los hijos es un peligro en muchas casas y, de esta manera, constituyen una fuente de abuso emocional y físico para los niños de la colonia.

Al tratar de darles sentido a memorias dolorosas, un amigo describió un episodio de su niñez con su madre. Rolando todavía estaba muy enojado con ella: «Fueron situaciones muy difíciles que yo recuerdo y, en lo personal, fueron difíciles para mí por la pobreza que teníamos y el carácter de mi mamá. Era muy agresiva. Mi mamá muchas veces nos golpeó por travesuras de niño. En ocasiones, tenía razón; en ocasiones no. Pero era muy fuerte». Le pregunté a Rolando con qué acostumbraba golpearlo su mamá. «Con lo que se pudiese, con cables, varas, cinturones o lazo mojado para que doliera más. Tengo una experiencia que no he olvidado y no sé si la podré olvidar. Tenía como cuatro o cinco años. El techo de la casa era de cartón. Yo estaba jugando fútbol y la pelota voló al techo. No cayó. Entonces, me subí y, como había vigas y tablas, sobre ellas iba caminando. Pero en una resbalé y rompí la lámina. Me bajé. Dejé la pelota. Me puse a llorar pensando que mi mamá me iba a pegar». A pesar de que un tío intervino cuando ella lo pescó, «me agarró de los cabellos y me empezó a pegar en la cara. Yo sangraba de la nariz, de la boca y llegamos a la casa. Fue la golpiza más fuerte que he recibido

en mi vida. Me bañó para que no se viera la sangre, cubrió todo para que mi padre no preguntara nada. No lo entiendo ni le doy una justificación a mi madre por lo que hizo, pero sí me pongo a pensar que quizá era la presión de tener que darnos de comer a quince, vestir a quince. Era difícil para ella. En ese día, recuerdo que me pegó cinco veces y a diferentes horas. Ya pasó todo. Por fin se calmó y me dijo: "Si le dices algo a tu padre, mañana te vuelvo a pegar". Procuré que mi padre no me viera en todo el día, para que no viera lo inflamada que tenía la boca, los ojos morados».

En Santo Domingo, a veces los hombres dicen que sí le han pegado a sus hijos y que ellos también fueron golpeados por sus propios padres. Pero son mucho más comunes los relatos de hombres y mujeres sobre los castigos violentos de las madres hacia los niños.

Lo que es más real y particular sobre el trauma de los golpes en la niñez hoy es su cualidad de género. Al hablar con mis amigos en Santo Domingo sobre los padres que les pegan a sus hijos, la mayoría de la gente considera que los golpes son situaciones comunes, siempre ha sido así. Pero mis amigos creen que en generaciones previas, los padres, tanto como las madres, eran quienes golpeaban a los niños. Así que, al igual que con la incidencia de casos reportados de mamitis, el castigo con golpe tiene una historia específica en los barrios de la ciudad de México. En las generaciones contemporáneas de madres y padres, las mujeres de hoy están identificadas más exclusivamente como quienes *causan* estos traumas.<sup>8</sup>

No se puede explicar el patrón según el cual los hombres golpean a las mujeres y las madres (más que los padres) golpean a sus hijos simplemente por el hecho de que los esposos son más grandes y fuertes que sus esposas, o que las mujeres suelen pasar más tiem-

<sup>8</sup> El estudio de Romanucci-Ross (1973: 66) sobre el área rural de Morelos es excepcional al notar que la disciplina es autoritaria y severa y que generalmente está bajo el control de la madre. Aunque inclinado a la sobregeneralización sobre muchos otros puntos, el estudio psicológico reciente de Bar Din (1991) sobre la infancia en un barrio cerca a Santo Domingo, con su conclusión de que los esposos les pegan a sus esposas mientras que las madres les pegan a sus hijos, me parece etnográficamente muy confiable.

po que los hombres con los niños, sobre todo con los más pequeños.<sup>9</sup> Muchas mujeres golpeadas por sus esposos son tan grandes y fuertes como ellos, y muchas mujeres no golpean a sus hijos y pasan muchas horas con ellos cada día. Para comprender la violencia doméstica, las cuestiones de poder y control son más pertinentes que las diferencias de dimorfismo sexual y el tiempo que se pasa con los niños.

## 6. El abandono

En algunas familias de la colonia, las distinciones entre los hijos y las hijas se mantienen —como cuando a todos los hombres de la casa, sin importar la edad, se les sirve antes que a las mujeres— pero esta ya no es una práctica tan común en la mayoría de familias. En cambio, como me dijo una tarde Justo, un vigilante de carros en un centro comercial fuera de Santo Domingo, ahora es poco probable que a los hijos y a las hijas se les trate de manera diferente, como antes. Hablándome sobre el rancho donde creció en el estado de Hidalgo, Justo me comentó que, en el campo, los niños se van con sus padres o sus madres (u otros adultos) mientras que, en la ciudad, antes de tener edad para ir a la escuela, los niños deben quedarse en casa, lo cual quiere decir, generalmente, quedarse con sus madres. Justo me insistió que, según él, esta situación es causa de dificultades emocionales para todos los miembros de la familia porque no da oportunidad para que padres e hijos pasen tiempo el uno con el otro y porque recarga a las madres con casi toda la responsabilidad de la crianza de los niños. Para Justo y otros padres, esta separación regular de los niños de sus padres durante periodos largos es más que trágica; es

<sup>9</sup> Acerca de la cercana colonia de Santa Úrsula, Bar Din (1991: 66) escribe: «Los maridos llegan a casa y tandean a la esposa. Sin embargo, no golpean a los niños. Solo cinco madres informaron acerca de tundas “ocasionales” de los niños (por parte de los hombres), pero nunca con palos. Estos quedaban reservados para las mujeres».



una causa de angustia y sufrimiento a largo plazo para cada uno de los miembros de familia —es decir, la causa de un trauma psicológico constante—.

Algunos niños están casi permanentemente separados de sus padres porque estos se niegan a aceptar responsabilidades paternales. Para estos niños, no es común sufrir de mamitis: el carácter de género en la crianza de los niños es más asumido que discutido o debatido. No existen estadísticas confiables sobre el número de hogares en México o en la colonia Santo Domingo en que las mujeres crían a sus hijos sin la presencia de los padres u otros hombres adultos.<sup>10</sup> Aunque algunas de las madres que postulan al DIF (Desarrollo Integral de la Familia) para recibir ayuda con la crianza de sus hijos, mienten y dicen que son madres solteras —ya que es más fácil que sus hijos sean recibidos de esa manera—, cada año hay más postulantes recibidas por el DIF. Esto indica que el abandono masculino de sus familias está incrementando anualmente.

Ya que el DIF le da preferencia a los niños de hogares monoparentales, también existen algunos padres sin esposas que usan el DIF.<sup>11</sup> Algunos asistentes sociales me explicaron que el abandono por parte de mujeres tanto como de hombres corresponde al empeoramiento de la situación económica en México. Aunque sin duda es cierto que la gran mayoría de los padres de los niños son madres solteras, eso enfatiza el impacto desigual según el género en que la

<sup>10</sup> Para un informe reciente sobre la madre soltera, véase Pieza Martínez y de Dios Punte (1992).

<sup>11</sup> Las maestras usaban la expresión *hombres solteros* y, porque usualmente se usa la palabra *soltero* en este contexto con respecto a mujeres (madres solteras), fue difícil no sonreírse por el chistoso sonido de la expresión. Al mismo tiempo, me parece interesante notar que la etnografía más famosa sobre la vida de la clase popular en la capital mexicana es *Los hijos de Sánchez*, y que este libro se centra en una familia cuya jefe es más o menos un padre soltero. *La responsabilidad* no cuenta para todo. También, la película clásica de 1947, *Nosotros los pobres*, se enfoca en la relación entre un padre-tío soltero, honrado y totalmente responsable —desempeñado por Pedro Infante— y su hija-sobrina.

crisis económica afecta a la población; en este caso también se relaciona con el impacto de la fragmentación social moderna sobre los niños y las familias.

Hoy en día en la colonia de Santo Domingo, como en otras partes de México, hay hombres que siguen abandonando a sus familias, algunos por un tiempo y otros permanentemente. Cuando lo hacían en el pasado, eran regañados y acusados de ser irresponsables y muchas veces fueron aislados por los miembros de sus comunidades. Pero también se consideraba este comportamiento más como el resultado lógico y natural de *hombres actuando como hombres*. El adulterio, el abandono de esposas y niños, era, en este sentido, parte de las creencias y prácticas (Lewis 1968; Fromm y Maccoby 1973; Romanucci-Ross 1973).

Este tipo de sentimientos es bastante contradictorio. Mientras que la explicación de las actividades de los hombres en términos de voluntad personal y no como la expresión de instintos naturales puede ser más común hoy para algunos en la colonia, todavía es común que se apele a *deseos naturales*. Según algunos de mis amigos en la colonia, la base para el cambio de los hombres con respecto a sus responsabilidades familiares no se debe solamente al reconocimiento de la desigualdad sufrida por las mujeres y al arrepentimiento culpable de los hombres por sus actividades pasadas, sino que involucra otra cualidad *natural*, la cual ellos ven como irrefutable e intrínseca a las cualidades masculinas —es decir, el sentimiento natural de amor paternal—. En otras palabras, varias personas continúan su búsqueda hacia un regreso a las esencias naturales de un tipo u otro —por ejemplo, la relación entre madre y niño, inherente en las concepciones populares de la mamitis— en vez de una simple aceptación de suposiciones culturales que tienen que ver con las relaciones, valores y responsabilidades familiares modernas.

Una vez, cuando dejaba a Liliana, entonces de 3 meses, con su abuela Ángela una tarde en noviembre, Ángela me interrogaba: «¿Es el amor más grande que nunca has sentido?». Le respondí que ciertamente era un amor de tipo nuevo lo que sentía por Liliana y

también mencioné una idea sobre la existencia de diferentes tipos de amor, una observación *clásica, griega*, que alguien en su gran sabiduría me había enseñado cuando yo era joven. Ángela continuó «Sí, pero ¿no es el amor más profundo?». Le respondí, honestamente, que amaba a Liliana más y más cada día, pero que no me había acostumbrado totalmente a ser padre y que todavía esperaba que alguien me viniera a decir que tenía que regresarla. Al escuchar esto, Ángela indicó que de cierta manera me entendía, pero demostró también una clara desilusión (o horror) hacia lo que debía haber sido, para ella, crueldad de mi parte.

Para ella y algunos otros en Santo Domingo, la división de trabajo familiar en cualquier momento histórico particular, representa en parte las maneras efímeras con las que la gente trata de arreglarse con las exigencias traumáticas de la historia. Para ellos, el factor motivador y guía principal en el cuidado de niños es, o debe ser, la aceptación de los sentimientos innatos de amor paternal, que son asumidos por personas para quienes la muerte infantil es hoy una tragedia personal rara y una memoria guardada por las generaciones anteriores.

Pero, nuevamente, algunos madres y padres jóvenes me aclararon varias veces que, para ellos, no se sabe cómo ser un buen padre solamente de manera innata, razón por la cual uno puede terminar siendo un buen o un mal padre antes que un punto intermedio. La crianza, para ellos, es más un proceso de aprendizaje, que el descubrimiento de cualidades esenciales ya presentes en cada uno de nosotros. En otras palabras, uno podía escoger, y era su responsabilidad como padres con experiencia, llevarme a mí, un padre nuevo, hacia el camino correcto para que trate de minimizar los traumas que causa esta vida sobre mis hijos. En mis intentos de trazar la vigencia de estereotipos sobre las identidades masculinas mexicanas entre la gente de Santo Domingo, generalmente me caían sugerencias sutiles sobre lo que los hombres, como padres, deben asumir como responsabilidades paternas.

Me percaté de esto cuando un día, al empezar la primavera, fui a la carnicería en la calle Huehuetzin a comprar carne para Liliana.



Aunque ahí la carne es un poco más cara que en el supermercado, vale la pena pues Guillermo y su hermano siempre la muelen dos veces cuando saben que es para un niño pequeño. Al salir, me despedí de Guillermo y le comenté que iba a preparar la carne con un poco de pasta. Antes de que pudiera agregar «y verduras», me interrumpió para decirme que no le diera pasta, pues sólo haría engordar a la niña: «¿Sabes? El padre no solo los engendra sino también tiene que atender a su alimentación». Guillermo sentía que tenía el derecho y la responsabilidad de darme consejos cuando fuera necesario, pues yo era un padre primerizo. Al expresar su preocupación en términos de amor y cuidados paternos y no en términos de la conocida imagen del *Hombre procreador*, Guillermo se estaba situando, quizás conscientemente, en una posición contraria a la historia, o al menos a una de las historias, de los hombres mexicanos.

Existe resistencia por parte de muchos hombres en la ciudad de México hacia los cambios iniciados por las mujeres, incluyendo aquellos que involucran la crianza de los niños. Esto es reforzado por los persistentes testimonios y sermones de los expertos sobre el descuido de los niños<sup>12</sup> que han creado preocupación y culpa entre las madres y los padres en México. Donde existe todavía la idea de que la crianza es el dominio exclusivo de la mujer, casi siempre la mamitis es una experiencia que los adultos describen como un trauma de niñez y, de ese modo, es diferente en su etiología de muchos de los otros traumas de la niñez aquí comentados, como el castigo y el abandono físico. De esta manera, la mamitis representa una forma de malestar político entre los adultos como respuesta a *la familia moderna* ya que es señal de una aflicción somática y emocional de los niños. Es una manifestación psicológica del impacto de cambios socio-económicos sobre los individuos y sobre la socialización de los niños, y, entonces, solo puede entenderse con relación al desarrollo humano y al cambio social.

<sup>12</sup> Para un examen reciente sobre «la culpabilidad de la madre» en los Estados Unidos, véase Eyer (1996).

Erik Erikson (1973) una vez decía que *los psiquiatras tienden a culpar a la madre*. Él hablaba de problemas en los Estados Unidos como el de *la personalidad esquizoide* y las *disociaciones psicóticas de la realidad*. Sin embargo, culpar a la madre por estas razones es no entender, objetó Erikson, porque *la mamá* es solo «una caricatura estereotipada de las contradicciones existentes que surgen debido a cambios intensos, rápidos y desintegrados en la historia americana». De esta misma manera, yo diría, debemos entender que la mamitis es solo una caricatura estereotipada que manifiesta las relaciones contradictorias inherentes al desarrollo humano y al cambio social en el México urbano.

## Bibliografía

ARIZPE, Lourdes

1975 *Indígenas en la ciudad: El caso de las «Marías»*. México, D. F.: SEP.

1989 *Cultura y desarrollo: Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*. México, D. F.: Porrúa.

BAR DIN, Anne

1991 *Los niños de Santa Úrsula: Un estudio psicosocial de la infancia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

BEHAR, Ruth

1993 *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*. Boston: Beacon.

BENERÍA, Lourdes y Martha ROLDÁN

1992 *Las encrucijadas de clase y género: Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México, D. F.: El Colegio de México.

## BOWLBY, John

1953 *Child Care and the Growth of Love*. Londres: Pelican.

1969 *Attachment*. 2 vols. Londres: Pelican.

## BROWNER, Carole

1986 «The Politics of Reproduction in a Mexican Village». *Signs*, vol. 11, 4, pp. 710-24.

## CHANT, Sylvia

1991 *Women and Survival in Mexican Cities: Perspectives on Gender, Labour Markets and Low-Income Households*. Manchester: Manchester University Press.

## CHIÑAS, Beverly

1975 *Mujeres de San Juan: La mujer zapoteca del Istmo en la economía*. México, D. F.: SEP.

## El Colegio de México

1996 *Diccionario del español usual en México*. México: El Colegio de México.

## ERIKSON, Erik

1973 *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.

## EYER, Diane

1996 *Motherguilt: How Our Culture Blames Mothers for What's Wrong with Society*. Nueva York: Times Books, Random House.

## FOSTER, George

1972 *Tzintzuntzan: Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

## FROMM, Erich y Michael MACCOBY

1973 *Sociopsicoanálisis del campesino: Estudio de la economía y la psicología de una comunidad rural*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.



- GARCÍA, Brígida y Orlandina DE OLIVEIRA  
1994 *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México, D. F.: El Colegio de México.
- GINSBURG, Faye D. y Rayna RAPP, (ed.)  
1995 *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*. Berkeley: University of California Press.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes  
1986 *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. Guadalajara: Colegio de Jalisco, CIESAS.
- GRAMSCI, Antonio  
1981 *Cuadernos de la cárcel*. México, D. F.: Era.
- GUTMANN, Matthew C.  
1995 «Los hijos de Lewis: La sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos». *Alteridades*, vol. 4, 7, pp. 9-19.  
1998 *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. México, D. F.: El Colegio de México, Paidós.
- HARLOW, Harry  
1971 *Learning to Love*. Nueva York: Ballantine.
- KLAUS, Marshall H., KENNEL John H. y Phyllis KLAUS  
1995 *Bonding: Building the Foundations of Secure Attachment and Independence*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.
- LEWIS, Óscar  
1968 *Los hijos de Sánchez: Autobiografía de una familia mexicana*. México, D. F.: Joaquín Mortiz.  
1968 *Tepoztlán: Un pueblo de México*. México, D. F.: Joaquín Mortiz.
- MILES, Ann  
1994 «Helping Out at Home: Gender Socialization, Moral Development, and Devil Stories in Cuenca, Ecuador». *Ethos*, vol. 22, 2, pp. 132-57.

PARSONS, Talcott y Robert F. BALES

- 1955 *Family, Socialization and Interaction Process*. Nueva York: Free Press.

PIEZA Martínez, Guadalupe y Delia Selene DE DIOS PUENTE

- 1992 «La madre soltera en la vida mexicana». En: GALEANA, P. (ed.). *La condición de la mujer mexicana*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Gobierno del Estado de Puebla. Vol. 1, pp. 63-70.

REDFIELD, Robert

- 1944 *Yucatán: Una cultura en transición*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

ROMANUCCI-ROSS, Lola

- 1973 *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village*. Palo Alto: National Press Books.

ROMNEY, Kimball y Romaine ROMNEY

- 1963 «The Mixtecos of Juxtahuaca, Mexico». En: WHITING, B. (ed.). *Six Cultures: Studies in Child Rearing*. Nueva York: Wiley, pp. 541-691.

SANTAMARÍA, Francisco J.

- 1959 *Diccionario de mejicanismos*. México, D. F.: Porrúa.

SCHEPER-HUGHES, Nancy

- 1997 *La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.

SCHEPER-HUGHES, Nancy y Carolyn SARGENT (ed.)

- 1998 *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*. Berkeley: University of California Press.

STEPHEN, Lynn

- 1991 *Zapotec Women*. Austin, Texas: University of Texas Press.

- 1997 *Women and Social Movements in Latin America: Power from Below*. Austin, Texas: University of Texas Press.

TAGGART, James M

- 1979 «Men's Changing Image of Women in Nahuatl Oral Tradition». *American Ethnologist*, vol. 6, 4, pp. 723-41.

- 1992 «Fathering and the Cultural Construction of Brothers in Two Hispanic Societies». En: *Ethos*, vol. 20, 4, pp. 421-52.

WHITING, Beatrice B. (ed.)

- 1963 *Six Cultures: Studies in Child Rearing*. Nueva York: Wiley.

WILLIAMS, Raymond

- 1980 *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

WINNICOTT, Donald W.

- 1987 *Babies and Their Mothers*. Reading, Massachussetts: Addison-Wesley.